

Con una carta del Dr. Ramón Ruiz permitiendo que sea analizado el cálculo que acompañó á su trabajo.—Remítase al Profesor J. D. Morales para que haga el estudio correspondiente.

En seguida se concedió la palabra al Dr. RAMOS para comunicar un recado del Sr. Lavista; pero al hacer uso de ella, dijo, que antes de esto, deseaba hacer formal moción para que se suspendiese la sesión en señal de duelo por la irreparable pérdida que acaba de sufrir la Academia, con la muerte del Dr. José Barragán. Con este motivo hizo un merecido elogio de este notable médico; y terminó diciendo que sólo que no fuera aceptada su moción seguiría haciendo uso de la palabra, para lo que la había pedido.

El Sr. PRESIDENTE manifestó que sentía que el Sr. Ramos hubiera hablado de un asunto distinto de aquel para que se le había concedido el uso de la palabra. Que lo que él proponía es precisamente lo que la mesa va á hacer en estricto cumplimiento de su deber y bien penetrada de su alta obligación y justo sentimiento. Que ruega á los presentes se pongan de pie; y anunciados los turnos de lectura se levantó la sesión á la que asistieron los Sres. Chacón A., García, Gayón, Hurtado, Lasso de la Vega, Olvera, Ramos, Semeleder, Soriano y el infrascrito primer secretario.

LUIS E. RUIZ.

PATOLOGIA INTERNA.

EL TIFO Y LA FIEBRE TIFOIDEA.

(CONCLUYE).

Las calenturas intermitentes se observan allí con alguna frecuencia, principalmente en la estación de las lluvias y en el otoño. La cuadrilla de los labradores compuesta de más de 400 personas, tienen sus habitaciones cerca de la finca principal, sobre colinas situadas del lado Norte. Visité algunos enfermos, en número de 23; la mayor parte eran casos de calenturas de poca gravedad de carácter intermitente; solamente uno de ellos se encontraba atacado de tifo. Conviene observar que en esa época la República entera se agitaba en plena revolución contra la invasión francesa;

las guerrillas no escaseaban en los Estados de San Luis Potosí y Tamaulipas, sembrando á su paso los estragos de la revolución y transmitiendo á la vez, como siempre acontece, enfermedades contagiosas.

VII

El Estado de San Luis Potosí se encuentra ocupado por varias cadenas de elevadas montañas, de las cuales las principales son la sierra de Ramos al Poniente, la de Guadalcázar en el centro, la Sierra Gorda al Sur y la llamada de Naola hacia el Oriente en sus confines con el Estado de Tamaulipas. Su clima es variado, atenta la diferencia de altura sobre el nivel del mar, desde la capital á las costas del Golfo. Considero que la Hacienda de Cárdenas ocupa los límites de la región templada y de la tierra caliente ó Huasteca Potosina. Su vegetación es ya notable y contrasta con la aridez de la Meseta Central; las lluvias son frecuentes, la atmósfera generalmente húmeda, y la temperatura media se puede ya reputar caliente y aun molesta.

A cuatro leguas al Norte de Cárdenas está una pequeña población llamada Alaquines; su situación pintoresca, es más elevada que la de aquella hacienda; su clima es sano, templado y el número de sus habitantes es de un mil poco más ó menos. En su mayor parte son indios de sangre pura, oriundos de las antiguas tribus *guachichil*; hablan un idioma peculiar designado bajo el nombre de *pamé*. Son de robusta constitución generalmente, y bajo las favorables condiciones climatéricas en que viven disfrutan de buena salud, y se notan individuos de sorprendente longevidad. Se dedican de preferencia á la agricultura, y á la fabricación de sombreros de palma. Las mujeres son dedicadas al trabajo; su principal industria consiste en labores de gancho, con cuyo instrumento fabrican servilletas y otros tejidos de no escaso mérito, y que, en atención á la paciencia y laboriosidad que exigen, venden á precios verdaderamente módicos.

Ningún enfermo de tifo encontré en esta simpática aunque triste localidad.

Solicitado para ir á asistir un enfermo á la Ciudad del Maíz, me trasladé á esta población distante 14 leguas al N.E. de Alaquines. El camino, en su mayor parte, atraviesa entre colinas pedregosas y de escasa vegetación; se encuentran palmas diseminadas, y el anacahuite, árbol robusto y de follaje espeso; los habitantes de esas regiones emplean el cocimiento

del tallo, de la raíz y de las hojas, contra las afecciones pulmonares y las calenturas intermitentes. La ciudad ocupa un pintoresco valle, de agradable temperatura y habitualmente sano; contiene una población de 4 á 5 mil habitantes; sus calles espaciales y pequeñas terminan en suburbios de miserable aspecto, entre huertas que indican una rica vegetación. Estaba alojado en la casa del Sr. D. Mariano Arguinzóniz, quien, obligando para siempre mi gratitud, tuvo á bien distinguirme con especial finura y atenciones propias de un antiguo amigo.

Las enfermedades reinantes en Ciudad del Maíz, son las calenturas intermitentes, y á veces las de los órganos respiratorios, atribuidas á los cambios bruscos que suelen notarse en las estaciones del otoño é invierno. El enfermo que fuí á visitar era un joven de 24 años; un febricitante, que estaba en cama hacía seis días: se trataba de una fiebre gástrica complicada de una bronquitis de alguna extensión. Un vejigatorio en la parte anterior del tórax y una poción vomipurgante, triunfaron de la enfermedad; al tercer día, se encontraba restablecido. Visité igualmente otros doce enfermos, y entre ellos encontré dos casos de tifo exantemático grave. Ignoro el resultado de la curación, por haber regresado á la hacienda de Cárdenas.

De Cárdenas, después de 14 leguas de camino hacia al Oriente, llegué á la hacienda de Tamasopo, atravesando puntos enteramente distintos por su clima, de los que había recorrido desde San Luis Potosí. En una extensión de seis leguas desde Cárdenas, el terreno es poco fértil, de una temperatura tibia ya pero tolerable aún. Pero, aparte de ese límite, penetra el viajero en espesas selvas de crecidos robles que se truecan después en hermosísimos bosques de gigantescos y variados árboles; una infinita variedad de plantas enredaderas los cubren á su vez, formando una red inextricable que impide al hombre penetrar en sus oscuras sombras. Los amplios caminos de las llanuras se convierten allí en estrechas y tortuosas veredas, trazadas por la imperiosa necesidad de comunicación entre los humildes labradores que habitan la espesura de aquella naturaleza virgen.

En medio de esa exuberante vegetación se encuentran las habitaciones de la hacienda; la casa principal es pequeña, mal ventilada y húmeda; cerca de ella la rodean las chozas de los labradores, ocultas en las selvas. El clima es cálido, con variaciones bruscas en los meses de Noviembre á Enero, cuando los vientos del norte refrescan su temperatura; las lluvias son frecuentes; el suelo, constantemente húmedo, es pantanoso en las on-

dulaciones planas. La caña, el tabaco y el café son cultivados con buen éxito; los platanos, naranjos y manglares se ostentan robustos, sin cultivo alguno, en los dilatados bosques de aquellas regiones melancólicas. Una infinita variedad de flores crecen sin cultura mezclando los vivos colores de sus pétalos, á la verde alfombra de los campos que se extiende, con los verdes matices, sobre las inmensas sinuosidades de sus elevadas montañas. Arroyos caudalosos de profundas y tranquilas aguas surcan los terrenos en diversas direcciones, alimentando en su seno peces de delicado sabor, é infectos caimanes que salen á las riberas, descansando perezosos y recibiendo, como inertes troncos, los ardientes rayos del sol á medio día. En la vasta extensión de solitarios montes, el lobo y el venado, el leopardo, el jaguar y otros cuadrúpedos encuentran seguras madrigueras que la naturaleza misma defiende, haciéndolas impenetrables para el hombre. Una infinita variedad de aves de diversos colores viven en ese inmenso y perpetuo vergel, notándose principalmente grandes parvadas de pericos y chachalacas que interrumpen hasta el fastidio el silencio de esos bosques sombríos. Cuando la noche oculta el hermoso panorama en que la vista se recrea durante el día, otro género de impresiones, siempre gratas, excitan la sensibilidad del corazón humano; el profundo silencio que le rodea en la densa oscuridad es interrumpido por el estrépito de algún torrente cuyas aguas argentinas se destrozán sobre las rocas, reuniéndose en seguida en bulliciosas cascadas que siguen su incesante curso en tortuosas sinuosidades. Se diría la mansión de la dulce tranquilidad que las pasiones ahuyentan de la vida social en los grandes centros de población.

Desgraciadamente no acontece así. Tanta prodigalidad de la naturaleza es, para el ser humano, causa de inevitables males; el constante calor, el suelo pantanoso y la continua humedad del aire, transforman el edén en un perpetuo foco de miasmas, que determinan sin cesar enfermedades palustres; los habitantes viven allí en una apatía relacionada con la influencia enervante de la naturaleza que respiran, con las continuas molestias de una gran variedad de pequeños insectos, como el pinolillo, el jején, la garrapata, la nigua, el mosco, etc., etc., cuyas picaduras producen erupciones cutáneas y originan el fastidio y la desesperación en el carácter del hombre más reposado. Además de la insalubridad del clima, deben tomarse en consideración las costumbres antihigiénicas de sus habitantes, la miserable alimentación de que hacen uso, así como su habitual predilección por la embriaguez.

Las fiebres intermitentes son endémicas, y con frecuencia están com-

plicadas de diarrea ó disenteria. Por regla general, casi todos los habitantes de aquella comarca sufren esas fiebres con síntomas más ó menos graves. Creo igualmente que las fiebres perniciosas atacan á los individuos, por la razón que voy á referir. El administrador de Tamasopo era un súbdito español de clara inteligencia; me informó que durante el año, fallecían algunos enfermos de una forma de fiebre, á la cual designan en la localidad bajo el nombre de *calentura traicionera*. El individuo atacado comienza, me dijo, por sentir un fuerte calofrío y postración completa; un violento dolor en la cabeza ó en otra región del cuerpo le atormenta; aparece la calentura, sobreviene el delirio, y sucumbe en el espacio de 24 horas; alguno suele escapar de un primer ataque, tomando el cocimiento de hojas de un árbol que allí crece, llamado *cuachacalá*. No había visto á ninguno escapar del segundo ataque.

Se observan igualmente, y con frecuencia, complicaciones de naturaleza biliosa, en ese foco de miasmas infecciosos. Aunque el color de la piel de aquellos indígenas no permite distinguir con toda claridad el tinte icterico que en igualdad de circunstancias se revela en individuos de la raza blanca, sin embargo el examen de las conjuntivas y de la mucosa labial acusan perfectamente esa alteración patológica; la sangre pobre de glóbulos rojos, por efecto de la infección miasmática, imprime el carácter especial del estado anémico que sería debido á la constitución médica de la localidad; con tanta más razón, cuanto que las fiebres palustres existen todo el año, con pocas diferencias según las estaciones; no respetan ni la edad ni el sexo, y los individuos, una vez atacados, reinciden con frecuencia. En resumen, la intoxicación palustre es continua, y refractaria á los afectos de la aclimatación, pues lejos de quedar impune el que ha sido atacado una vez, queda predispuesto á sufrir nuevos ataques.

Respecto del tifo petequial, no observé ningún caso. El administrador de la hacienda me aseguró que en algunas rancherías de la finca se habían presentado algunos, todos mortales.

VIII

De la hacienda de Tamasopo me dirigí á Tampico, atravesando las haciendas siguientes: El Espinal, Villa de Valles, hacienda de Simón y Tancasnequi. Entre Tamasopo y Tancasnequi, por la vía indicada, hay próximamente una distancia de 40 leguas, presentando las mismas condi-

ciones climatológicas. La prodigiosa vegetación ofrece algunas variaciones debidas á la topografía de los terrenos, sobre todo después de Villa de Valles; se penetra entonces en la hermosa y majestuosa Sierra Madre, que ofrece al viajero un cuadro delicioso por la corpulencia de sus árboles de maderas finas y variadas, extendiéndose en gigantescos y elevados montes, que atraviesan de Sur á Norte el Estado de Tamaulipas.

Las condiciones de salubridad son sin embargo más favorables que las anteriores, para los habitantes de esas regiones solitarias. No obstante, las calenturas intermitentes reinan allí constantemente, así como algunas afecciones del hígado, complicadas de fiebres de aspecto tifoideo, más ó menos accentuadas, exacerbándose principalmente al terminar el día y durante la noche; elemento miasmático que se propaga debido á la humedad continua de la atmósfera y del suelo, es pues, en mi concepto, el origen de las enfermedades palúdicas de esos puntos.

La hacienda de Tancasnequi, propiedad de D. Salvador Darqui, está 28 leguas distante de Tampico, en la margen izquierda de un pintoresco río llamado Tamasi, cuyas riberas están adornadas de abundantes bambúes, cedros, platanares, mangos y limones. De esa hacienda me dirigí á una pequeña rancharía, conocida con el nombre de Palmas Altas, después de 14 leguas de camino. En estas regiones no se encuentran ya montañas sino llanuras cenagosas y engalanadas en grande extensión, pobladas por una gran variedad de aves acuáticas. Palmas Altas está ubicada en la misma margen izquierda del río Tamasi, y recibe su nombre de algunas palmas elevadas que surgen de su suelo. Sus escasos habitantes se mantienen de la pesca, siendo el robalo uno de los peces más estimados. Al declinar la tarde llegan los pescadores con el producto de sus redes, disfrutando el soplo de una brisa agradable que refresca la temperatura. De Palmas Altas, en una embarcación, siguiendo el curso del río, me trasladé á Tampico, durante todo un día, recorriendo un trayecto de 16 leguas. El río Tamasi llega á Tampico y desemboca en la mar, unido al río Pánuco que viene de la Huasteca.

Tampico es uno de los puertos más importantes de la República; la ciudad es pequeña, anchas sus calles; tiene una población de 5 á 6,000 habitantes. El clima es cálido é insalubre; por el lado del mar, sus playas son desiertas y de aspecto triste. El trato de la sociedad es franco y agradable; el temperamento nervioso-bilioso domina entre sus habitantes. Las fiebres intermitentes, las perniciosas y tifoideas, son frecuentes en aquella localidad. Esta opinión la adquirí, tanto por mi propia experiencia, co-

mo por los informes que recibí del Dr. Duyé, francés radicado en aquella población. La fiebre amarilla no es endémica como en el puerto de Veracruz, pero en algunos años se declara causando no pocas pérdidas. El citado Dr. Duyé me aseguró había asistido algunos enfermos de tifo exantemático, de un carácter maligno.

Visité, durante varios días, el hospital de la población; encontré algunos enfermos de lesiones traumáticas y la mayor parte de calenturas palustres. El primer día de mi visita, fui conducido á la cama de un enfermo que, se me dijo, estaba atacado de tifo. Le examiné minuciosamente. Hacía 17 días que había entrado al hospital por su pie, sintiendo un fuerte dolor de cabeza, calofrío, lasitud general y basca biliosa. Cuando le ví la fiebre era intensa, pero comprendió las preguntas que le dirigí; la lengua seca y negruzca; el pulso depresible, latía 140 veces por minuto; el vientre meteorizado y dolorido, presentaba algunas manchas lenticulares, color de rosa, de las cuales otras invadían la región anterior del tórax; tenía diarrea y gorgoteo en la región ileocecal. Falleció al siguiente día á las tres de la mañana, y no me fué permitido practicar la autopsia. En mi concepto este individuo fué víctima de la fiebre tifoidea.

IX

En Octubre de 1864 me encontraba en México. De Tampico pasé á París, donde permanecí una corta temporada y regresé por Veracruz. Solicitado del Real de Catorce para asistir enfermos de tifo, y deseando seguir el estudio de esta enfermedad, salí de aquella capital en Noviembre deteniéndome en Guanajuato y San Luis Potosí. Llegué á Catorce el día 5 de Diciembre.

La ciudad de Catorce está situada en el Estado de San Luis Potosí, en una cordillera de estériles montañas, que abrigan en su seno ricas minas de plata y oro; se encuentra á los 23° 41' de latitud Norte, y á 101° de longitud del meridiano de Londres. Su altura es de 2,586 metros sobre el nivel del mar, siendo, por esta razón, uno de los puntos habitados más elevados del globo; la bóveda celeste es de un azul purísimo que en vano se buscará otro igual en las regiones pobladas de la tierra. El clima es generalmente sano, el suelo seco y árido. Las lluvias son escasas, pero reinan vientos fuertes y fríos; en los meses de Mayo á Septiembre, la temperatura es sumamente agradable; pero de Octubre al mes de Abril, el frío

es extremo, penetrante y molesto. La población contiene 14,000 habitantes, operarios de minas en su mayor parte, de buena constitución, pero acostumbrados á la embriaguez. Las enfermedades reinantes en el mineral de Catorce son las congestiones pulmonares, perineumonías, anginas, bronquitis y el tifo petiquial, todas principalmente en el invierno; presentan igualmente enfermedades del hígado, que deben atribuirse al uso inmoderado de bebidas alcohólicas.

En la época á que me refiero hacía más de un año que el tifo había invadido de una manera alarmante. Los enfermos presentaron los mismos síntomas que los que había observado en Guanajuato y San Luis Potosí. No siendo este el momento oportuno de hacer la descripción de la enfermedad, me reservo para presentarla más adelante en el capítulo correspondiente, concretándome por ahora, á exponer los datos topográficos de que acabo de hablar.

Después de cinco meses de permanencia en el mineral de Catorce, examinando á la vez las condiciones topográficas de haciendas y poblaciones más ó menos lejanas, me dirigí al Estado de Coahuila, visitando los puntos siguientes: Cedral, Matehuala, Salado, Encarnación y Saltillo. El Cedral está situado á seis leguas hacia el Oriente de Catorce; se le llama así, porque en otros tiempos existían numerosos cedros que han sido consumidos en los trabajos de las minas; hoy son terrenos áridos y montes despoblados. Del Cedral á Saltillo, son vastas llanuras, escasas de agua, donde crece un pequeño arbusto resinoso, conocido con el nombre de *gobernadora*; con esta planta los habitantes preparan tintura alcohólica que aplican contra las afecciones reumatismales. Entre el Cedral y el Saltillo hay la distancia de 55 leguas.

Saltillo, capital del Estado de Coahuila, tiene una población de 25,000 habitantes; se encuentra en una llanura á los 25° 25' de latitud Norte. Su clima es sano, seco, templada su temperatura y fría durante el invierno. Sus habitantes, por lo general, son dedicados á la agricultura y al comercio.

Las observaciones que he podido reunir, tanto en esa capital como en Catorce, robustecieron en mi ánimo la convicción que he indicado anteriormente respecto de los síntomas y marcha regular característicos del tifo petequial. Las que pude recoger entre el Saltillo y Monterrey, de las cuales me voy á ocupar con el laconismo que me sea posible, me convencieron igualmente de sus diferencias con la fiebre tifoidea.

En el mes de Junio de 1865 me encontraba aún en la capital del Es-

tado de Coahuila; el tifo, hacía más de un año había invadido en todo el Estado. Era la época de la revolución contra la intervención francesa. El general Negrete mandaba un cuerpo de 5,000 hombres de la defensa nacional, que se habían situado, desocupando el Saltillo, á cuatro leguas de distancia, en el punto llamado "La Angostura," memorable ya por la sangrienta batalla que tuvo allí lugar en la época de la invasión norteamericana. El día 6 de Junio abandonó sus posiciones, atravesó nuevamente el Saltillo con dirección á Monclova. El día 7, las tropas francesas, en número de 1,500 hombres, dirigidas por el general Brincourt, y mandadas por el coronel Jeanningros ocuparon el Saltillo á la una del día y en medio de una lluvia abundante. Dos días después, huyendo de los estragos de la epidemia, el coronel Jeanningros se dirigió á Monterrey con el grueso del ejército, dejando en el Saltillo un destacamento de 400 hombres, con los enfermos que tenía, al mando del comandante Saussier, hoy general de división y gobernador militar de París. Si he hecho reminiscencia de estos datos históricos es para bosquejar la terrible situación por que atravesaba la República; conviene recordar que en todos los pueblos del mundo los horrores de la guerra van siempre unidos á otras calamidades; ¡triste condición que parece demostrar que las mundanas glorias se alcanzan á expensas del sufrimiento humano!

Monterrey, capital del Estado de Nuevo-Leon, está situada á 24 leguas solamente al Oriente del Saltillo y á los $25^{\circ}28'$ de latitud Norte; entre ambas capitales existe una notable diferencia de altura de 754 metros, pues el Saltillo se encuentra á 1,334 metros y Monterrey á 580 sobre el nivel del mar; circunstancia que modifica las condiciones topográficas de ambas localidades, determinando un clima enteramente diverso. Entre las dos ciudades se encuentran las haciendas llamadas San Gregorio, Los Muertos, la Rinconada y la Villa de Santa Catarina, esta última está á 4 leguas de Monterrey.

En San Gregorio, situada todavía en la parte elevada de la Meseta Central, encontré un enfermo de tifo petequial, llamado Serapio García; estaba sumamente grave en una pieza de poca ventilación, y en la cual había fallecido el general republicano Zuazua, asesinado el año de 1863. En la Rinconada y Santa Catarina el panorama es distinto; el suelo es húmedo y pantanoso en algunos puntos, tibia la temperatura y la vegetación exuberante; no encontré enfermos de tifo y sí algunos de calenturas intermitentes, es decir, de origen miasmático.

En un hermoso y estrecho valle, rodeado por todas partes de eleva-

dos montes cubiertos de arboledas, se levanta la ciudad de Monterrey; el calor entonces (Julio) era sofocante, pues el termómetro centígrado, á medio día y en la sombra, marcaba 32°; el ambiente es húmedo y la más leve brisa no refresca, ni en la noche, aquella molesta temperatura. Contiene una población de 20,000 habitantes, que constituyen una sociedad heterogénea, dedicada en su mayor parte al comercio. Las familias acomodadas son por lo general hospitalarias, de carácter franco y sincero; sus costumbres, algo sedentarias, se resienten de la inevitable molición que determina el sofocante calor del verano; durante el invierno, que también es extremoso, renace la actividad en esa sociedad que busca su bienestar, y cuyas aspiraciones son dignas de un pueblo progresista é ilustrado. El pueblo bajo ocupa los suburbios de la ciudad en habitaciones pequeñas, húmedas, de poca ventilación y por consiguiente insalubres. Las privaciones y los vicios son causas de inmorales costumbres, demostrando, como en todos los pueblos de la tierra, que la miseria, en la vida material, lleva consigo la maldición, no obstante los efectos del trabajo muscular que impone la ineludible ley de la necesidad.

Se comprende fácilmente que en esta localidad se desarrollan las enfermedades infecciosas, principalmente las de origen miasmático. Atentas las condiciones en que se suceden las dos estaciones marcadas, del verano y del invierno, las formas de estas afecciones varían desde las más benignas á las más graves; parece que el proceso morbozo no tiene la misma fuerza de intoxicación en los meses calurosos como en los rigores del invierno.

Durante mi permanencia en Monterrey visité el hospital, en el cual encontré dos individuos atacados de tifo exantemático, graves, y bien caracterizados los síntomas. Debo advertir que, en pocos meses, fuerzas revolucionarias habían ocupado varias veces la ciudad, circunstancia que siempre favorece el desarrollo de las epidemias. El distinguido Dr. González, persona justamente estimada de las principales familias de la sociedad, me informó que las fiebres intermitentes son endémicas en la capital: que durante el invierno aparecen casos de fiebre de un *carácter maligno*, cuya duración suele ser de más de tres semanas: que la epidemia de tifo en el Saltillo, había invadido igualmente en Monterrey, aunque no con la misma severidad, ni en tan numerosos casos. Así pues, la práctica durante algunos años en la curación del tifo exantemático, el estudio de las condiciones topográficas y climatalógicas de los diferentes lugares en que lo he observado, me han dado la convicción de que esta enfermedad tie-

ne una marcha regular, característica, la misma en los diversos Estados de la República que he recorrido, cuya marcha constituye, como ya lo he indicado, una de las más importantes diferencias entre esta afección y la fiebre tifoidea.

X

Lejos de mí la idea de haber dejado apuntadas, de una manera satisfactoria, en tan breves palabras, si se considera la extensión que este estudio reclama, la patogenia del tifo exantemático y de las fiebres tifoideas. Me he propuesto solamente hacer un examen comparativo de ambas enfermedades, procurando presentar los síntomas característicos del tifo petequial de la Meseta Central, en su forma endemo-epidémica.

Comprendidas en el vasto grupo que forman las fiebres infecciosas: clasificadas entre las afecciones contagiosas para diferenciar las de las fiebres palustres, es decir, de origen miasmático, confieso sin embargo que no he podido comprender los límites que presentan en sus manifestaciones morbosas, tratándose principalmente de la fiebre tifoidea. Se atribuye á una y á otra, en su etiología, un principio tóxico introducido en el organismo. En las fiebres contagiosas el proceso tifoso se trasmite de individuo á individuo, llevado por conductos diferentes, circunstancia que las autoridades administrativas han tomado en consideración para dictar disposiciones convenientes con el objeto de conjurar su trasmisión. En las fiebres de origen palustre, el principio tóxico se elabora en focos de putrefacción donde las materias orgánicas se descomponen, engendrando así su desprendimiento morbozo designado bajo el nombre de miasmas. Estos principios tóxicos introducidos en la economía, determinan, en las enfermedades que nos ocupan, trastornos en sus funciones fisiológicas y alteraciones semejantes en la textura anatómica de algunos puntos del organismo.

Cuando se ha logrado descubrir, con toda precisión, un principio morbozo generador, se puede asegurar que en igualdad de circunstancias sus resultados son idénticos; todos vienen á confirmar la esencia de la verdad, sin que una mala inteligencia arroje la duda sobre la exactitud de la demostración. Mas cuando la experiencia aparece distribuyendo datos distintos á los que se esperan de una causa reconocida, entonces las investigaciones científicas descansan en simples presunciones, y la doctrina que sobre ellas se establece es confusa, teniendo por base, no la verdad irrefutable, sino la probabilidad con sus inseparables dudas é incertidumbres.

De aquí, la creación de una *teoría*, más ó menos aceptable, que puede llegar á fundar una Escuela, pero que no merece ni los honores ni se le puede atribuir el mérito de un nuevo y verdadero descubrimiento. Los productos de la experiencia son hechos que presenciamos; pero el secreto misterioso que nos dé la explicación de su modo de ser, parece que desafiaba las investigaciones de la humana sabiduría.

Si un elemento tóxico produce la fiebre tifoidea, afección contagiosa, no es menos cierto, en mi humilde sentir, que con frecuencia las fiebres palustres, no contagiosas, se presentan bajo un aspecto tifoideo, en las regiones cálidas; no son contagiosas, pero por su naturaleza infecciosa se estrechan entre sí por la similitud de sus manifestaciones. Algunas veces son fiebres gástricas continuas que se inician con calenturas remitentes, y suelen alcanzar una gravedad alarmante; otras, el temperamento bilioso de las personas atacadas, imprímeles ese carácter especial á los individuos tifosos; el resultado es, que siempre se revelan con síntomas tifosos no obstante el principio miasmático que, por las condiciones propias de la localidad, las origina. Muy difícil sería pues demostrar que el *ileus-fever* ó fiebre tifoidea, no reconoce por causa determinante, en muchos casos, el proceso morbozo miasmático. Y esta apreciación, referente á la fiebre tifoidea, en las comarcas donde se ostenta una vegetación tropical, es aplicable al tifo petequial en los puntos de la Meseta Central, donde, por circunstancias especiales de descomposición de materias orgánicas, se desprende el elemento miasmático; por ejemplo, el Distrito Federal, Irapuato y León.

Al terminar este capítulo debo declarar que no abrigo la vana pretensión de imponer mi opinión; he formulado las anteriores observaciones siguiendo el dictamen de mi experiencia, teniendo presentes, según se ha visto, las doctrinas de autores competentes en las ciencias médicas. Como todo asunto que es objeto de un estudio científico, el de las enfermedades se presenta rodeado de numerosas dificultades que es indispensable vencer para llegar al conocimiento de la verdad; cada signo patológico se encuentra envuelto en una red de problemas que parecen multiplicarse indefinidamente, desafiando la sagacidad y penetración de la humana inteligencia, y poniendo de manifiesto la inagotable fecundidad de las ciencias y la extrema lentitud con que avanzan en su desarrollo. La experiencia de los hechos no basta para deducir una cuestión considerada bajo el punto de vista científico; no es sino por el concurso incesante de profundas investigaciones que se puede lograr una solución aceptable y satisfactoria. Así

es que la filosofía de la medicina es de la mayor importancia para la vida material del individuo y de la sociedad.

En el capítulo siguiente me ocuparé solamente en presentar algunas observaciones del tifo exantemático, recogidas en diversos puntos de la Meseta Central y en épocas diferentes; son casos muy graves todos, terminados por la curación y constituyen á mi humilde juicio el tipo de la enfermedad en los distintos Estados de la República que he visitado.

MANUEL ANAYA.

CLINICA QUIRURGICA.

Apuntes acerca de algunos hechos de uretro-estenosis en la mujer.

ENTRE los hechos clínicos que he tenido oportunidad de observar en mi práctica, sobre todo en la nosocomial, han existido algunos de retención de orina en la mujer motivada por un alto grado de uretro-estenosis con todo el cortejo de síntomas alarmantes propios de esos casos y con todos los peligros que acarrea semejante situación cuando pasa de algunas horas la falta absoluta de la emisión de la orina. Desde el primer caso de este género que llegó á mis manos me propuse estudiar el punto en los tratados de cirugía general y de cirugía ginecológica que pude haber á las manos, y ví con sorpresa que en unos se salva completamente la cuestión y en otros apenas se la trata en unos cuantos renglones asentando, como Thompson, ¹ que "se encuentran á veces estrechamientos orgánicos de la uretra en la mujer; pero esta afección es tan rara, que los hechos referidos son muy poco numerosos." Más adelante el mismo autor, cuya reputación universal es indiscutible, refiere solamente dos hechos de este género observados por él: uno durante su permanencia en University College Hospital, en el que la retención de orina se debía á un estrechamiento orgánico del meato, y otro en la primavera de 1856, el que parecía tener por causa remota un parto laborioso en el cual fué necesario recurrir al auxilio del Forceps. ²

¹ Tratado práctico de enfermedades de las vías urinarias, 2ª edición, pág. 552.

² Thompson, pág. 555 (loco citato).